

Enfoque narrativo y violencia: intervención con mujeres que sufren maltrato

Narrative approach and violence: intervention with battered women

Imma LLORET I AYTER*

Fecha de recepción: 30-07-2004

Fecha de Aceptación: 14-09-2004

RESUMEN

En el trabajo de intervención con mujeres que sufren maltrato abundan básicamente dos líneas de trabajo. Por una parte las originarias de enfoques más cercanos a la psicología clínica, que según nuestro criterio tienen un sesgo individualista y corren el riesgo de reducir esta problemática al ámbito privado. Por otro lado las que ponen más énfasis en las condiciones sociales estructurales que determinan dicho fenómeno. Intentando trascender estas dos visiones vamos a proponer un modelo de intervención desde enfoques socio-construccionistas y post-estructuralistas que dan cuenta del carácter relacional y históricamente situado de la violencia doméstica, ofreciendo formas de intervención basadas en conversaciones dialógicas que abren posibilidades a otras narraciones del yo y por tanto nuevas formas de subjetividad.

PALABRAS CLAVE

Narrativa, Conversación dialógica, Subjetividad, Poder, Violencia.

ABSTRACT

In the field of intervention with battered women basically we have two lines of work. On one side those approaches which come from the clinical field, that, in our opinion, have an individualistic orientation, and a reductionism in the private domain. On the other hand the approaches which put the accent on the social structural conditions. We would like to offer an alternative model of intervention from the socio construccionist and post-structuralist view that offer a relational and historically situated account of domestic violence, showing ways of intervention based in dialogical conversation that opens possibilities of new accounts of the self and new forms of subjectivity.

* Psicóloga y terapeuta. illoret@hotmail.com

KEY WORDS

Narrative, Dialogical conversation, Subjectivity, Power, Violence.

La idea de que el enfoque de intervención individual psicologizante es contra-productivo en los problemas generados socialmente ha sido ampliamente debatido en la bibliografía sobre violencia doméstica, sobretodo desde las críticas radicales a las profesiones de ayuda. Por otra parte desde posiciones feministas se ha puesto énfasis en el aspecto educativo en contra-valores que debe tener todo enfoque con hombres que maltratan.

La terapia tradicional al nivel individual puede oscurecer o ignorar los factores sociales, en este caso, nuestra cultura patriarcal, que es el contexto donde se configuran formas de subjetividad dominantes y dominadas en un contexto de relaciones de poder. También miradas patologizantes pueden minimizar aspectos importantes en esta materia como son el tema de la responsabilidad y de la agencia-resistencia.

La intervención desde posturas socio-construccionistas recoge a la vez esas críticas a los enfoques tradicionales de corte individualista a la vez que enfatiza los aspectos relacionales y históricamente situados de la producción de subjetividad.

Este trabajo se contextualiza en un programa de acción contra la violencia que engloba dos proyectos de intervención: en primer lugar con mujeres que

sufren maltrato y en segundo lugar con hombres que maltratan. El propósito de este trabajo es ofrecer algunas reflexiones sobre la práctica de intervención con mujeres desde posturas socio-construccionistas y más en concreto desde el enfoque narrativo y colaborativo basado en epistemologías post-estructuralistas.

Marco teórico

Nuestro trabajo se asienta sobre la base del debate modernidad-postmodernidad en las ciencias sociales y en concreto en las aportaciones de autores como Foucault y Derrida, el giro lingüístico- uno de cuyos principales impulsores fue Wittgenstein con su idea del lenguaje como forma de acción en el mundo y no como mero instrumento de expresión- que constituyen parte del contexto del construccionismo social. Desde esta perspectiva no existen verdades esenciales, o "problemas" que el interventor psico-social debe desvelar o intentar corregir. Podríamos metafóricamente decir que sería algo parecido a un compañero de viaje, que escucha atentamente la particular forma de dar sentido al mundo y desarrolla conversaciones dialógicas que generan otros posibles caminos a explorar más allá de los modelos normativos.

En este sentido, se produce un aleja-

miento del modelo tradicional del déficit y la disfunción derivado del modelo médico de la enfermedad que tanta influencia ha tenido en el campo de la intervención psico-social. Identificar, categorizar y describir la patología ha sido una de las principales formas de contarse a sí mismo con historias "saturadas de problemas" en palabras de White y Epston (1989).

Nuestro enfoque en cambio va a promover una selectiva atención a los intentos de resistencia y los recursos que las mujeres emplean para sostener o liberarse del abuso.

Para definir brevemente esta perspectiva seguiremos a Gergen (1992), quien fue uno de los teóricos que lo introduce en la psicología social, aportando en este campo un marcado carácter crítico.

Básicamente los principios teóricos de este enfoque son los siguientes:

Antiesencialismo; antirrealismo y cuestionamiento de la idea de verdad; especificidad histórica y cultural del conocimiento; carácter performativo del lenguaje; énfasis en la relación, las prácticas sociales y los procesos.

Queremos hacer notar también la fuerte influencia en nuestro trabajo de recientes aportes sobre la constitución de la subjetividad de algunas autoras de la corriente post-estructuralista o post-feminista como también se le ha llamado.

En primer lugar queremos redundar en la idea del carácter formativo del lenguaje en los procesos de construcción de la identidad. La narración es la forma en que el ser humano se reconoce a sí mismo como ser en el tiempo y de esa forma es como puede ser experimentado y comunicado. En esa tesis central de Ricoeur (1983, 1984) la narración "es la guardiana del tiempo". Específicamente, la existencia del yo como ser en el tiempo

toma la forma de trama de los acontecimientos de la vida en la forma de una narración. Así pues todo ser es un ser relatado. Cada relato es mezclado con los relatos de otros yoes de manera que cada uno de nosotros nos enredamos en historias que nos contamos sobre nosotros mismos y que son contadas sobre nosotros. La comprensión de la subjetividad no puede ser separada de la forma en que los yoes son narrados, de manera que podemos conceptualizar el "quien" como una identidad narrada.

La mezcla de identidades significa, por otra parte, que cada sujeto existe como una relación con otro o otros, esto es, cada sujeto está intrincado dentro de una red intersubjetiva: el yo es plural. Un yo por sí mismo no existe, afirma Ricoeur. Nuestra inscripción en el lenguaje, y el carácter narrativo de la identidad, ejemplifica el carácter intersubjetivo de la subjetividad, y señala de nuevo la primacía de lo social (Bajtín, 1979).

Los modelos para relatar nuestras experiencias ya existen en la cultura, inscritos en las prácticas diarias, dispersas en fábulas, novelas, películas, estereotipos, etc. Eso incluye narrativas que construyen el horizonte de expectativas, instruyéndonos sobre lo que deberíamos anticipar y desear, delimitando nuestro espacio de experiencia. Ese es un proceso continuo de constante refiguración de la experiencia a la luz de las cambiantes narrativas que se producen en la modernidad. Nos cuestionamos con referencia a lo que decimos y hacemos, ser un hombre, o una mujer, o un amigo o de una etnia determinada...

Dos temporalizaciones se cruzan para constituir una particular subjetividad en el punto de intersección. La historia de una cultura, sedimentada en un stock de conocimiento, su narración, su texto, se junta a la historia o biografía de un particular individuo.

La subjetividad, en relación con la memoria según Birulés (2000) consiste en ordenar, dar un sentido a nuestro hacer y padecer pero integrándolo en la experiencia propia y así traspasando su dimensión discursiva sabida.

Como bien resume Couze Venn (2001) a nivel descriptivo podemos decir que el proceso de subjetividad envuelve tres dimensiones del tiempo: En primer lugar el tiempo histórico o intersubjetivo, que es a la vez el tiempo de la comunidad. Segundo, la dimensión temporal de subjetividad refiere al tiempo de memoria y al tiempo biográfico, entendiendo esa memoria como la forma en que experiencias subjetivas e intersubjetivas y narrativizaciones de los eventos y acciones son encapsulados en la interioridad de yoes particulares. En tercer lugar el cuerpo recuerda todo pero en códigos, pliegues y capacidades.

Los tres son co-articulados en el proceso de constitución de cada particular subjetividad en un proceso establecido a través de tropos, cadenas de significados, desplazamientos, memorias encarnadas, actividades, cada uno con su carga afectiva que construye el universo simbólico y semiótico de prácticas significativas.

Intervención psico-social como conversación dialógica

La intervención psico-social contemporánea es un proyecto de la modernidad heredera de la construcción del sujeto racional y de la idea de emancipación del yo. Una práctica que se ha nutrido, como decíamos anteriormente, del discurso de la falta, de la enfermedad y de la curación, habilitadora de formas de subjetividad socialmente admitidas.

Las disciplinas "psi" han llevado a focalizar en el sujeto libre, más claramente evidenciado en lo que Rose (1989)

llama "la obligación de ser libre". El corolario de experteces y tecnologías de la subjetividad contienen los criterios y estándares de la felicidad, sabiduría, salud y realización.

Es bajo el fondo de esos yoes ideales que nos autoexaminamos, autoproblematizamos, nos controlamos y confesamos. Este autoescrutinio y autoregulación debe ser conducido de forma consentida: en efecto, irónicamente, es a través del ejercicio de la libertad en la práctica de estas tecnologías del yo, que podemos alcanzar los yoes ideales que buscamos. Rose usa la historia de forma no lineal a propósito, para pensar sobre el significado y consecuencias de los nuevos dispositivos que se han inventado para el gobierno del yo, y para desestabilizar algunas de nuestras confortables ilusiones sobre su veracidad y humanidad.

Otro autor, Giddens (1991), nos ofrece un ejemplo muy claro de ese régimen autorregulador al señalar cómo el ascetismo anoréxico lleva el cuño de una implacable dedicación interior que tiene sus fuentes en el proyecto de la identidad del yo y de las que el individuo solo es consciente en parte. La anorexia, según este autor, sería una respuesta extremadamente compleja a una identidad confusa del ser mujer en un mundo de riesgo y con una pluralidad de opciones, con el telón de fondo del riesgo de la exclusión permanente de las mujeres en la plena participación en el universo de la actividad social que generan estas opciones.

Sin embargo, en la modernidad tardía, han surgido otros desarrollos de la intervención psico-social bajo un prisma crítico de todas esas prácticas de control social. Estos nuevos enfoques ven sus potencialidades reflexivas y políticas que pueden habilitar nuevas subjetividades y desde lo micro, cuestionar algunos dis-

cursos sociales dominantes, dando la oportunidad para el surgimiento de nuevas formas de subjetividad y de relación que son todavía impensables o ininteligibles.

A partir de este cuestionamiento surge una psicología social que desde un giro postmoderno (Cabruja, 1998) analiza el tipo de relaciones de poder que ha hecho posible la ciencia positivista y la modernidad y el tipo de subjetividad e inter-subjetividad producida y mantenida.

Estas nuevas propuestas postmodernas han permitido una inversión, flexibilización o cuestionamiento de las prácticas monológicas en el campo de la intervención psico-social tradicional, convirtiéndola en una conversación dialógica que permita re-contar historias con miras a la construcción de horizontes futuros que aumenten la agencia sobre la propia vida.

El tema del Poder en la Intervención

Es interesante la genealogía que ofrecen dos autoras Flaska y Humphreys (1993) en su estudio del poder en el campo de la intervención con familias. Según estas autoras Bateson (1972), uno de los pioneros cuyo pensamiento ha sido muy influyente en el campo del trabajo con familias, clausuró la discusión sobre el poder en ese contexto. Sus ideas pueden ser resumidas en dos temas. El primero es que el concepto de poder es un error epistemológico, ya que un individuo no puede sostener un poder unilateral sobre el otro, dado que es parte de la relación misma. Criticaba así la idea de un poder lineal que no conseguía captar la naturaleza sistémica del mundo.

El segundo tema, conectado con éste, es la idea de Bateson de que la caracterización del mundo usando la idea de

poder, es potencialmente tóxica y poco ética en sus efectos.

Es evidente que esa censura del poder tuvo sus efectos en la manera en que la intervención familiar no fue capaz de afrontar el tema del poder. En realidad, fue a partir de principios de los años 80 que el tema del poder ha tenido atención teórica y política en la literatura de la intervención con familias. Tema que contrasta con la amplia atención que se dio a este tema en el campo académico y político de los 60 y 70.

Las críticas a esas dos cuestiones planteadas por Bateson no tardaron en llegar cuestionando las relaciones en términos de circularidad y complementariedad, que llevaba a la imposibilidad del poder unilateral, y por tanto la negación del poder en la teoría y práctica de la intervención. Las críticas más intensas venían de las feministas que trabajaban en el campo del abuso infantil y la violencia doméstica, y donde los efectos abusivos del poder eran tan obvios. Vieron como el marco cibernético no podía dar cuenta o invalidaba la experiencia individual de violencia y se quejaron de cómo la teoría sistémica estaba negando la realidad de opresión.

Más recientemente, el giro hacia una nueva epistemología constructivista ha ido marginando la idea de homeostasis, en los que los conceptos de circularidad y complementariedad se apoyan. El nuevo énfasis es ahora en narrativas, en la idea de conversaciones terapéuticas y del rol de los significados culturales que influyen en el proceso de cambio e intervención.

Algunos de estos nuevos enfoques se han preocupado en minimizar la figura del experto en la intervención psico-social, en la medida en que se es consciente de que ese poder existe y hay que intentar reducirlo en vez de ignorarlo o

desdeñarlo como han hecho los enfoques más tradicionales.

Para Foucault no es posible entender el poder divorciado del contexto, nunca puede ser desligado de las relaciones sociales de poder en que se da.

En uno de sus trabajos más conocidos, *Vigilar y Castigar* (1975) Foucault examina las "microprácticas" del poder a través del estudio del desarrollo del poder disciplinario. Las relaciones de poder en nuestras interacciones cotidianas, en el uso del espacio físico y la arquitectura, en la disciplina de los cuerpos, en la creación de las formas de pensar, formas de subjetividad, y formas de conocimiento. El poder está siempre presentado en su formas productivas y restrictivas y como en una espiral recursiva determinadas prácticas sociales se relacionan con particulares formas de subjetividad.

Si bien, según Foucault, el poder no se puede socavar desde una perspectiva voluntarista, sí plantea la idea de resistencia dentro de las relaciones de poder.

Otros autores como Judith Butler (1997) hablarán más detalladamente de la agencia a través de la teoría de la Performatividad que desarrolla a partir de los Actos de Habla de Austin. Si todo enunciado, dice Butler, puede ser resignificado, entonces ahí es donde reside la posibilidad de agencia y de acción política que haga posible nuevas formas de subjetividad.

En esta dirección, Judith Butler parece entender el poder en su teorización de la sujeción en términos de subordinación y de condición de posibilidad del sujeto, entendido también como posibilidad de agencia. El sujeto no es totalmente determinado por el poder ni totalmente determinante de este.

Aquí nos gustaría enfatizar la hetero-

geneidad del poder, y su conceptualización no sólo en términos de subordinación sino también en términos de capacidad para la acción en una forma no coercitiva, reminiscente de la noción de Ricoeur "yo puedo" con su connotación ética. El "yo puedo" de Ricoeur está asociado con el poder de actuar, en el sentido del ser como potencialidad.

El enfoque narrativo en intervención con mujeres que han sufrido maltrato

Michael White toma la invitación de Foucault eligiendo incorporar algunas de sus ideas en la práctica terapéutica. Este aspecto viene desarrollado en los primeros capítulos de una de sus obras fundacionales que escribió con David Epston *Medios Narrativos para fines terapéuticos*, publicado en 1989.

Para resumirlo brevemente podemos decir que en primer lugar toma la idea del poder como positivo en sus efectos. En segundo lugar la íntima relación entre poder y conocimiento. En tercer lugar la atención que Foucault da a las técnicas y prácticas del poder cotidiano.

White usa todas esas ideas en el desarrollo de estrategias para reescribir las historias de las personas que le consultan, y crear narrativas alternativas que "liberen" el potencial de conocimientos subyugados para validar una versión de la experiencia más habilitadora.

Este trabajo puede ser particularmente pertinente en el contexto de la intervención con mujeres que han vivido experiencias de violencia. En nuestra experiencia en la atención a estas mujeres escuchamos a menudo relatos muy negativos y a veces somos testimonio de cómo se someten a prácticas culturalmente establecidas de abusar de sí mismas. Es frecuente escucharlas decir cosas como: "soy un desastre, me mere-

cía el maltrato, de alguna forma lo provoqué, no supe manejarlo”. Otras veces se culpabilizan por haber contribuido o por no haber sido capaces de protegerse o proteger a sus hijos de esa situación abusiva. Como afirma White (1995) estas personas están manteniendo conversaciones consigo mismas y con los demás que internalizan el tópico del abuso, y de esta manera se hace imposible apreciar el contexto. Así, a través de este proceso, el hecho de ser abusada repercute en su identidad: da testimonio de sus deseos y motivaciones, de sus objetivos en la vida.

Una forma de subvertir estos efectos en la identidad de estas experiencias de ser relatadas o por las palabras del abusador, es a través de la introducción de conversaciones externalizadoras, es decir, conversaciones que sitúen el abuso como algo externo que ha tenido un efecto en sus vidas, en la manera en que ellas se ven y se sienten a sí mismas. En palabras de White (1995) “puede re-politizar lo que ha sido des-politizado”.

El espacio de intervención se convierte en el contexto de una conversación donde las mujeres pueden hablar de los efectos del maltrato en sus vidas y el sufrimiento asociado a esas experiencias. Eso permite diferenciar que esos relatos de infravaloración que cuentan sobre sí mismas no son “ellas mismas” sino las consecuencias del abuso que han sufrido por parte de sus parejas. Son historias de sí mismas constituidas en un contexto de descalificación, trauma, subyugación y aislamiento.

Una de las consecuencias de estas conversaciones terapéuticas es la reformulación de la historia dominante: alejándose de la idea de culpabilidad personal y acercándose a las de “dominación”, “explotación”, “servidumbre”, “anulación” y “tortura”.

Al explorar los procesos por medio de

los cuales a estas mujeres, dice White (1995) “se les hace adoptar estos relatos privados muy negativos acerca de sus vidas y las prácticas asociadas de autoabuso, se descubren a sí mismas describiendo varias de las tácticas de poder: tácticas que históricamente las aislaron de los demás, tácticas que las exiliaron de sus propios cuerpos, de sus propios deseos”.

Al resituar la historia de autoabuso en las relaciones de poder en su entorno, se posibilita que el autoabuso sea leído a la luz de un marco de inteligibilidad diferente, en un marco que presenta interpretaciones alternativas de estos actos. Esto libera a las personas y les permite oponerse o disentir. Así como las conversaciones internalizadoras ocultan el aspecto político de la experiencia, las conversaciones externalizadoras lo ponen de relieve. De ese modo, abren posibilidades para que las personas forjen nuevas alianzas con su yo y descubran nuevas distinciones entre abuso y cuidado: en fin, para que discernan, quizá por primera vez, entre explotación y protección.

Esta forma de conversación tiene que ver con deconstruir las así llamadas “verdades” que las personas sienten que tanto aprisionan sus vidas y esos relatos “saturados por el problema”. Las conversaciones externalizadoras hacen que la persona experimente una identidad distinta o separada del problema.

A medida que las personas se entregan a esta operación de externalizar sus historias privadas, dejan de hablarles de su identidad y de la verdad de sus relaciones; dichas historias privadas ya no penetran en la vida de las personas; éstas experimentan una separación de semejantes historias. En el espacio establecido por esa separación las personas quedan en libertad de explorar otras ideas preferidas sobre lo que ellas mismas podrían ser, otros conceptos preferi-

dos que las personas podrían incorporar en sus vidas.

La de-construcción tiene que ver con procedimientos que subvierten realidades y prácticas que se dan por descontadas, esas llamadas “verdades” divorciadas de las condiciones y del contexto de su producción. Muchos de los métodos de de-construcción hacen extrañas esas realidades y prácticas familiares dadas por descontadas al objetivarlas. En este sentido, los métodos de de-construcción son métodos que como afirma Bourdieu (1988), vuelven “exótico lo doméstico”, lo cual facilita la “reapropiación” del yo.

Este enfoque también se inspira en algunos trabajos que hablan de un anhelo de subjetividad que se vincula con la necesidad acuciante de nuevas formas de relación con la alteridad, la ética, el saber y la memoria. Dicen estas autoras acerca de la subjetividad que “resulta muy importante imaginar y experimentar situaciones, encuentros, prácticas que inciten a los/as sujetos a extrañarse de lo que viven como más propio o singular y a familiarizarse con lo que sienten más ajeno.” (Bonder, 1998)

Historias sociales dominantes e historias alternativas

La pregunta que nos podemos hacer a continuación es como estas mujeres pueden generar esos nuevos conceptos alternativos de sí mismas, cómo pueden cobrar nueva vida maneras distintas de estar en el mundo. ¿Cuáles son los puntos de entrada de esas otras versiones acerca de lo que podrían ser las personas? A medida que las personas se separan de las historias dominantes o “totalizantes” que forman parte constitutiva de su vida, se les hace posible orientarse más hacia aspectos de su experiencia que contradicen esos conocimientos. Y esas contradicciones están siempre pre-

sentes y son, por lo demás, muchas y muy variadas. Inspirándose en Goffman (1961), White llama a esas contradicciones, “logros aislados”.

Es a partir de una doble escucha donde podemos señalar esas nuevas versiones de sí misma que aparecen junto a la historia dominante, pero que no se les ha dado la suficiente atención. Reparar en esas excepciones, hacer preguntas que las hagan más visibles y evaluar si son realmente significativas, relevantes, y preferidas para la persona, son parte del proceso conversacional que abre nuevas posibilidades de contarse su propia historia.

Una vez que se ha establecido que determinados hechos son, en efecto, logros aislados puesto que se los ha considerado significativos y preferidos, podemos facilitar la generación (y/o la resurrección) de historias alternativas al orientarnos hacia esos logros aislados en actitud de curiosidad genuina por entender como se han producido esas excepciones o logros que a la mujer que nos habla le habían pasado inadvertidos. Estos son los misterios que únicamente las personas pueden revelar cuando responden a la curiosidad que sobre ellos manifiesta la persona que les escucha. Cuando las personas se entregan a la tarea de revelar estos misterios, inmediatamente se entregan también a la tarea de contar historias y darles significación.

Por ejemplo en casos de las mujeres que han sufrido maltrato, tal como decíamos anteriormente, les es muy difícil confiar en versiones más favorables de sí mismas. En esos casos es eficaz invitar a estas personas a que presten atención a aquellos logros aislados o se pueden hacer una variedad de preguntas que inciten a un relato específico que localice análogos episodios históricos que identifiquen ocasiones durante las cuales fueron capaces de tratarse con cierta acep-

tación de sí mismas, u ocasiones durante las cuales protestaron al maltrato o cualquier situación de abuso.

Re-escribir la experiencia

Las conversaciones re-autorizantes entre la profesional y la mujer que acude al servicio permiten la identificación y co-creación de historias alternativas de identidad. La práctica de re-escribir o re-autorizar se basa en la asunción que ninguna historia puede encapsular la totalidad de la experiencia de una persona. Habrá siempre inconsistencias y contradicciones. Habrá siempre otras historias que pueden ser creadas a partir de eventos de nuestras vidas. Nuestras identidades no son historias singulares, nadie puede resumirnos en una sola descripción. Somos un entramado de múltiples historias que se entrecruzan. Las conversaciones re-autorizadoras implican co-construir nuevos relatos de sí que se confrontan con las versiones saturadas de problemas que las personas traen a la conversación.

Estas historias alternativas no se fabrican de la nada. No son inventadas. Así como las historias dominantes consisten en eventos del pasado que han sido interpretados de una manera determinada, asimismo ocurre con las alternativas.

Pueden incluir esperanzas de que las cosas podrían ser diferentes en la propia vida, promesas de que cosas mejores puedan llegar, sueños de una vida más llena, anticipaciones de llegar a un particular destino en la vida, visiones de nuevas posibilidades, deseos de estar en otra parte, de estar en otros territorios de la vida, donde el abuso ya no tiene cabida.

Una vez identificadas, esas historias pueden ser ampliamente descritas. Esos relatos ampliados son alcanzados en con-

versaciones que trazan la trayectoria de lo que ha estado ausente pero implícito en las expresiones de las mujeres de desesperanza. Esa doble escucha, como la llama White, o esa multi escucha, permite hacer las preguntas necesarias, estirar los hilos con que se tejerán esas nuevas historias de orgullo y esperanza. Orgullo por haber resistido, tenido la fuerza de llegar hasta aquí, y esperanza de alcanzar todos esos sueños y deseos que habían quedado enterrados por la experiencia de abuso.

Enfoques parecidos (Penn, 1994) destacan el aspecto relacional de la identidad y ponen énfasis en crear este espacio de conversación que permite contestar ese monólogo autoacusador que se construye en una relación abusiva. Ese espacio seguro donde es posible recordar, explorar, imaginar, desear voces nuevas y diferentes que emergen fruto de ese proceso dialógico. Ese espacio rompe el silencio y aislamiento impuesto por el abuso y deja espacio para lo no dicho -soledad, miedo, angustia, rabia, esperanza...- lo no expresado.

Un caso que ilustra este proceso fue el de una mujer, a la que llamaremos María, que acudió a nuestro servicio con una historia desgarradora. Había sido maltratada por su padre, que antes de abandonar a la familia la "encerró", tal y como lo expresaba ella, en un centro psiquiátrico, repitiéndole siempre que era un fracaso como persona. María estaba, en el momento de acudir a nuestro servicio, sufriendo maltrato por parte de su hermano, con el que convivía junto con su madre enferma. Otros muchos aspectos que harían demasiado amplia esta descripción conformaban una biografía llena de experiencias de rechazo y humillación.

Es esperable que la imagen que proyectaba María de sí misma estaba repleta de auto-reproches e infravaloración. En

realidad, asumía como suya toda la culpa del maltrato debido a una conducta derrochadora y poco responsable con el dinero.

A partir de ser capaz de expresar todas estas emociones y reconocer las consecuencias de esos maltratos y todas las privaciones emocionales y sociales que sufrió, poco a poco fue capaz de separar su experiencia de sí con las circunstancias del abuso. Eso permitió incorporar otras miradas que no fueran las de sus victimarios.

Escribió una carta a su padre en que le agradecía haberle puesto en situaciones tan duras que ponían a prueba su fuerza y su capacidad de recuperarse de los traumas. Recordó como había “renacido” de una grave lesión que sufrió en un accidente. Se reconoció superviviente de una vida familiar tempestuosa y falta de lo esencial para ser persona. Fue testimonio de su lucha por salir adelante, por resistir al abuso y por frenar las ganas compulsivas de auto-infringirse daño. Reconoció como a lo largo de los encuentros que habíamos compartido se estaba empezando a agenciar de su vida y a proyectar nuevas formas de ser en el mundo.

En una de las sesiones, intentando hacerme comprender como había sido capaz de sobrevivir a todo eso, dijo con visible orgullo, que ella era como el “ave fénix que renace de sus cenizas”. Esa poderosa metáfora que ella misma había escogido está sirviendo de hilo conductor

de esa nueva versión de sí misma, donde el dolor y el sufrimiento pueden empezar a ser resignificados como semillas de un nuevo yo, que renace fortalecido.

Hay que decir que este es parte del camino que todavía compartimos con ella y que quedan todavía muchas historias que contar y mucho camino que recorrer por la crudeza de sus circunstancias sociales y biográficas, que hacen especialmente arduo este camino. Afortunadamente, tiene por rutina escribir un diario que recoge estas diversas voces que conviven junto con la historia dominante de víctima. Esto junto con las conversaciones que compartimos y su gran entereza contribuyen a amplificar esas historias excepcionales que van conformando un relato de sí misma que abre nuevas posibilidades más acordes con lo que podríamos llamar su “identidad preferida”.

El cuestionamiento de una identidad, la exploración de esas fisuras que aparecen de distintas formas conlleva una crisis, un hundimiento de un mundo simbólico un repliegue sobre sí misma que causa dolor, postración, pero también es una oportunidad de re-emergir con la ayuda del vínculo con otro significativo, como afirma Dubar (2000), capaz de validar, situar y reconocer la nueva identidad latente que ha podido empezar a nombrarse: “Es la crisis la que revela el sujeto a sí mismo, le obliga a reflexionar, a cambiar, a pelear para salir de ella y a inventarse a sí mismo, con los otros. La identidad personal no se construye de otra forma”.

BIBLIOGRAFÍA

- Bajtín, M. (1979). *Estética de la creación verbal*. México. S.XXI. 1998.
- Bauman, Z. (2001) *La sociedad individualizada*. Cátedra, Madrid, 2001.
- Bourdieu, P. (1988): *Homo Academicus*. California: Stanford University Press.
- Bonder, G. (1998). *Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente*. Encuentro de Universidades de Latinoamérica y el Caribe: "Género y epistemología: mujeres y disciplinas". Santiago de Chile. Julio. 1998.
- Birulés, F. (2000). Del sujeto a la subjetividad. En Cruz, M. (Comp) *Tiempos de Subjetividad*. Barcelona. Paidós.
- Butler, J (1997) *Excitable speech. A politics of performative*. London: Routledge.
- Butler, J. (1997) *Mecanismos Psíquicos del Poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid. Cátedra. Feminismos. 2001.
- Cabruja, T.(1998) *Psicología social crítica y postmodernidad. Implicaciones para las identidades construidas bajo la racionalidad moderna*. Pag 49-59 *Anthropos*, nº 177.
- Dubar, C. (2000) *Las crisis de las identidades*. Barcelona, Edicions Bellaterra, 2002.
- Flaskas, C. y Humphreys, C. (1993) *Theorizing about power: Intersecting the ideas of Foucault with the "Problem" of power in family therapy*. *Family Process*, vol.32.
- Foucault, M. (1975) *Vigilar y castigar*. Madrid, Siglo XXI, 2000.
- Foucault, M. (1976) *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI editores, 1992.
- Gergen, K. y McNamee, S. (1992) *La terapia como construcción social*. Paidós Barcelona, 1996.
- Giddens, A. (1991) *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona, Península, 1995.
- Goffman, E. (1961) *Asylums*, Nueva York, Doubleday.
- Ricoeur, P. (1983) *Tiempo y narración I Configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, Cristiandad, 1987.
- Ricoeur, P. (1984) *Tiempo y narración II Configuración del tiempo en el relato de ficción*, Madrid, Cristiandad, 1987.
- Rose (1996) *Inventing ourselves Psychology, Power and Personhood* Cambridge University Press, 1998.
- Swan, V. (1999) *Narrative, Foucault, Feminism: Implications for Therapeutic Practice*, 103-115 En Parker, I. *Deconstructing Psychotherapy*. Sage.
- Venn, C. (2001) *Refiguring subjectivity after modernity* En *Challenging Subjects*. Palgrave .
- White, M. y Epston, D. (1989) *Medios narrativos para fines terapéuticos*, Gedisa, Barcelona, 1992.
- White, M (1995) *Reescribir la vida*. Gedisa, Barcelona, 2002.
- White, M. (1989) *Guías para una terapia familiar sistémica*, Gedisa, Barcelona , 1997.